

Magistral Dr. D. Antonio Gordillo, y como Subdiácono el que habla, en su calidad de Racionero de la misma Iglesia.

Magnífico, feérico, encantador, era el espectáculo que ofrecía en aquellos momentos la Catedral. Vestida severamente de luto en sus tres naves, ménos en el recinto en cuyo medio se destaca el altar mayor con su mármóreo y elegante ciprés, sobre el cual se desprendía graciosamente, desde el centro de la bóveda, distribuido en cuatro gajos, un gracioso pabellón de gasa de claro color, y ménos igualmente en el espacio que ocupa el nuevo cimborrio, que, ya casi concluido, precisamente fué descubierto para que en ese día la vista pudiera recrearse en su magnificencia; vestida de luto, decimos, la hermosa Basílica, con ese su aspecto entre sonriente y luctuoso, con ese su traje, por decirlo así, de medio luto, á que daba realce mayor la riqueza y brillo de los paramentos sagrados, hacía que el alma, juntamente con la tristeza que la inspiraba la ausencia de este mundo del más grande de los héroes de la caridad en Jalisco, sintiera á la vez el júbilo que al creyente le causa la ventura sin fin con la cual premia el cielo á los que mueren en el Señor.

Y en armonía con el aspecto que la Basílica presentaba, allí veíase á todas las clases y corporaciones católicas de la ciudad literalmente llenando el espacioso templo y elevando, en unión del Pontífice celebrante, al Todopoderoso sus plegarias y dirigiéndole sus fervorosos hacimientos de gracias, por el beneficio inmenso, por el gran bien fuente de bienes, que á la Iglesia de Guadalajara dispensó al concederle un Obispo como el que terminó su misión hace un siglo..... Pero descendamos á pormenores en esta materia. Hablemos primero detenidamente de

La' concurrencia,

de esa multitud heterogénea y apiñada que oraba con un solo pensamiento, que daba gracias á Dios, mediante el eucarístico sacrificio de la nueva ley, con un solo corazón, con una sola alma.

Allí estaba lo más granado y valioso de nuestra católica sociedad, aumentada con una multitud de forasteros que de todos rumbos acudieron á la solemnidad.

aparecen invertidos los papeles. No. Allí el arte está subordinado á la Religión, la Música á la Liturgia, las notas á la letra, á las palabras de vida eterna, que léjos de sofocarse, de ahogarse entre el barullo de la instrumentación y de perderse en un laberinto de intrincadas vueltas y revueltas de modulaciones de una sílaba ó palabra, dominan por el contrario majestuosas, entre las bellezas del arte, como la encina frondosa se destaca en la pintada pradera, como la luna llena sobresale en límpido cielo entre las fúlgidas estrellas de noche serena, como el Río Grande, semejante á viajero que nada teme en camino real, surca inflexible la plateada superficie de las ondas de Chapala!..... Allí la letra, en suma, no tiene por destino plegarse á la Música, para desarrollar ésta sus *motivos*; sino que los *motivos* de la Música no son otros que la idea religiosa, y su misión el pres-
tir alas á la oración, á la plegaria, para volar al cielo, para remontarse al trono del Altísimo, y desde allá, desde las alturas del éxtasis, contemplar el Universo, y cantar las glorias de su Hacedor y Redentor.... ¡Y es que la Misa de Gounod se acomoda á las prescripciones litúrgicas! El genio del artista, como águila caudal, ve de frente al sol de la idea, y no emprende su vuelo sino alumbrado por los esplendores del luminar de la Religión!.... Por eso en los *Kyries* escúchase el gemido y se ve el llanto penitencial. Por eso en la *Gloria* se oye primero resonar á lo lejos, débil, como si procediera de más allá de los astros, un canto de ángeles, perfectamente ejecutado por los niños del Coro, canto que va después, con las notas de los demás cantores y de los instrumentos, gradualmente aumentando, como que se acerca y como que recibe nuevas y nuevas voces humanas y angélicas y más y más acordes de toda clase, hasta llenar estruendoso los aires y repercutir por todos los horizontes, como si los cielos y la tierra formaran un solo cuerpo. Por eso en el *Domine Deus* y en el *Qui tollis*, parte el alma el acento plañidero y solitario del óboe y los *solos* del cantante presentan á la vista el alma desolada lamentando desde el abismo de la culpa su triste desamparo y buscando entre tinieblas con sus nadantes ojos al Cordero de Dios, igualmente Dios y Señor como el Padre, que borra los pecados del mundo. Por eso al finalizar la *Gloria*, al cantar el *In gloria Dei Patris*, parece que as-

ciende el coro y que se pierde en las nubes y que se aleja para siempre en las regiones de la eternidad entre las claridades infinitas del Empireo! Y por eso el *Credo* comienza con una sinfonía rumbosa y resonante, en que sin embargo las palabras resaltan sobre las notas, como una franca y resuelta profesión de fé, de esa fé que alardea de su manifestación, que no se avergüenza de Jesucristo ni de sus palabras delante del universo mundo. Y por eso en el *Incarnatus*, percíbese apenas al comienzo el canto suave, muy suave, débil y entrecortado, como un acento de admiración, pero de esa admiración que suspende el aliento, que deja el ánimo estupefacto, anonadado ante la inmensidad del prodigio, ante la sublimidad inaudita del misterio. Y por eso en el *Crucifixus* se escapan al principio exclamaciones tenues y ahogadas del terror y asombro, y se repite la palabra tremenda cada vez con más fuerza y con mayor asombro y terror, como que no se cree, como que se considera imposible y no obstante se tiene á la vista el hecho en toda su espantosa realidad. Y por eso en el *Resurrexit* y todo lo que sigue, el ánimo es llevado á las oscuras regiones del sepulcro, y mira asombrado desprenderse de los brazos de la muerte la vida gloriosa, la vida inmortal, y, en un *crescendo* magnífico, pasearse triunfante Jesucristo por el orbe, y elevarse en las nubes y entre los ángeles y santos á la Jerusalem celeste, y enviar al Espiritu Divino, y conquistar el mundo, y la justicia, y establecer la Iglesia, victoriosa en todo lugar y en todos los siglos, y juzgar á vivos y muertos, y la vida del siglo venidero, la vida sin fin! En todo este triunfo, en toda esta gloria del Redentor, la gran masa coral de voces de todo género, y la escogida variedad de instrumentos, y los ruidos armónicos, y la campana chinesca; todo simultáneo, todo acorde, todo entusiasta y magnífico, produjeron un grandioso efecto, un éxito completo.

Baste lo dicho. Toda la misa de Gounod, sin exceptuar una parte, desde el principio hasta el fin, es hermosa, arrebatadora. Y toda ella, con pocas excepciones, acomodada está, según nuestro humilde juicio, á las instrucciones de la Sagrada Congregación de Ritos y á los preceptos litúrgicos sobre Música

Sagrada. De ahí su mérito! De ahí su alta idealidad, su inagotable inspiración, su grandiosidad imperecedera!»

Sí, todas esas, apreciaciones que emitimos, desempeñada hace cuatro años, las repetimos ahora y en ello con creces nos afirmamos, pues cada vez que oímos, con todo el aparato y con el estudio necesario, la ejecución de esa sublime obra del arte sagrado moderno, mas y mas nos satisface y nos encanta y arrebatada.

Y á fé nuestra, que la ejecución de esa gran *Misa* nada por esta vez dejó que desear! Los profesores todos, los niños mismos, que tomaron parte en la *Misa*, se esmeraron, se entusiasmaron, se inspiraron, quizá como nunca, en el desempeño de su cometido. Y hasta nos pareció á ratos que la gran *partitura* que hacía vibrar el éter en ese día era diferente de la que otras veces había regalado nuestros oídos, y en honor del santo y venerable Alcalde, como obsequio en su Centenario, se habían encargado de inspirar á los artistas, en esa memorable fecha, los ángeles del cielo.

Para concluir este punto, anotaremos que el personal de la orquesta, en la referida *Misa* de Gounod se compuso, de 16 niños y 15 adultos; por lo que ve á cantantes y por lo que ve á músicos, de 49 profesores de los más acreditados de la ciudad; que la parte de canto llano la desempeñó la Capilla de la Catedral; que á la hora del Ofertorio se efectuó, por la Banda Militar de que antes hablamos, una hermosa composición de Camilo Saint-Saëns, y en los solémmes momentos de la elevación del Sacramento, la *Marcha Real Española*, obra magnífica, llena de inspiración majestuosa y de religiosa unción y que se presta perfectamente para ser batida en honor del Rey Inmortal de los siglos en el instante de verificarse el mayor de los portentos y de adorar de hinojos el pueblo reverente al Todopoderoso Humanado para la Redención del mundo. Finalmente, lucieron su arte y su voz, en los tiernísimos *solos* del *Domine Deus* y del *Qui tollis*, tanto los niños Juan Matute, Manuel Altamirano, José Aguilar y Agustín Meléndez; como el tenor D. Alfredo Anaya y el bajo D. Juan Martínez: en el *Sanctus* lo hizo muy bien el tenor D. Longinos González: en el *Benedictus*, el tenor D. Francisco Chávez: y en el *Agnus*, el tenor D. Manuel Martínez.

Concluido el Santo Sacrificio, al retirarse el Illmo. Sr. Arzobispo, agitó la batuta el maestro Aguirre y volvieron á poblar los aires las hermosas sinfonías de la inspirada Marcha Religiosa compuesta por el propio maestro y de que antes hicimos mérito.

Y con esto concluyó la primera de las solemnidades del Centenario Alcalde en la Catedral.

Los trabajos relativos á la ornamentación de la Matriz continuaron en el resto del día, con el fin de que el templo metropolitano estuviera con severidad y funerariamente engalanado en

LAS SOLEMNISIMAS HONRAS FUNEBRES DEL DIA 8,

para las cuales de preferencia se trabajó desde el principio en la lujosa decoración del sagrado recinto, no economizándose al efecto, como ya lo anotamos, ni labores ni gastos, los que tuvieron que aumentarse por haber estado hasta entonces desprovista la Catedral de arreos de duelo dignos de la magnificencia del hermoso templo.

Llegó pues el día 8, y á eso de las nueve de la mañana, ya la egregia Basílica estaba repleta de gente, hasta más no poder, distribuida como en el día anterior, invadiéndolo todo la multitud y formando también, como en la víspera, de cuando en cuando (sin embargo de la guardia de gendarmes y de los celadores Ordenandos que procuraban impedirlo), esas oleadas que forma una muchedumbre que pugna por avanzar para situarse lo mejor posible y gozar más á su gusto de una gran solemnidad.

El espectáculo que en esos momentos ofrecía la Catedral era tan soberbio que superó con mucho, al del precedente día y probablemente al de cualquiera otra solemnidad habida en la Basílica en todos los tiempos pasados. Vamos á dar una idea de la compostura de la Iglesia comenzando por

El catafalco

ó monumento fúnebre que se erigió al héroe de la caridad en su primer Centenario.

Ese monumento fué, con algunas importantes modificaciones, el mismo que se construyó *ex-professo* por la Catedral para las espléndidas exequias que se hicieron al primer Arzobispo de Guadalajara Illmo. Sr. Dr. D. Pedro Espinosa, cuando se trasladaron sus venerables restos de México á esta ciudad en 1876, y el mismo que después también sirvió para los honores póstumos del gran Pio IX en 1878 y para los que en 1886 la Colonia Española de esta capital dedicó al Rey de España Alfonso XIII.

Levantóse la magnífica pira bajo la penúltima bóveda de la nave del centro y se compuso de cuatro cuerpos, que fueron: el zócalo, la plataforma, el templete y una pirámide con la cruz como remate. De cada uno de esos cuerpos haremos una breve descripción, valiéndonos al efecto, en gran parte, de la que, por la primera vez, produjo la pluma de un distinguido escritor jalisciense, que ahora es un ilustrado miembro de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española de la Lengua.

La base de la elegante pira la formó una plataforma de cerca de metro y medio de altura, por siete y un tercio metros en cada uno de sus costados, que imitaban riquísimo mármol negro, y á la cual se ascendía por cuatro escalinatas de siete gradas, á cuyos lados y sobre todo este primer cuerpo, corría una balaustrada de bronce antiguo, interrumpida por ocho pedestales que le servían de apoyo y sustentaban otros tantos pebeteros de mármol verde antiguo, con adornos dorados sobrepuestos, que arrojaban sin cesar columnas de aromático incienso, que en tenue velo envolvían el catafalco. En los cuatro ángulos de esta plataforma se destacaban, sobre cuatro trozos de columnas estriadas que sostenían pequeños basamentos de mármol verde, de figura caprichosa, las cuatro Virtudes Cardinales, produciendo un efecto magnífico; mientras que sobre la balaustrada brillaban las luces de ciento sesenta y ocho cirios, repartidos en toda su extensión. Y por último, en cuatro lápidas blancas, marmóreas, que en los costados oriente y poniente de la plataforma se ostentaban, leíanse los siguientes *Sonetos*, debidos á la musa del hábil é incansable sonetista y distinguido escritor (1) Sr. D.

(1) El Sr. Santosecy fué entre cuatro competidores que hubo, el autor de la "Memoria sobre los resultados benéficos de las obras del Sr. Alcalde"